

# Sueña mi coronel

Alfredo Montoya



Sueña. Envuelto en las sábanas resudadas, sueña o recuerda en semiinconsciencia. Tropiezan los pies con los barrotes intempestivos y se añade con ello aflicción a lo que en otro tiempo fue armonía de la carne y el alma. Se agita movido por la fiebre, y de ese modo provoca el chirriar del somier, que se comba fatigado sobre el vaso de noche. Sueña entre las paredes donde la humedad y los desconchados fingen formas de animales y rostros; bajo el techo altísimo del que cuelga un globo de escasa luz, sueña.

Viaja en un convoy militar, entre hielos y guerra. Luce bigote bizarro y negro, y domina desde un mirar de altanera ave de presa. Cabalga el aire con sus finas botas charoladas, de barro sucias, sueña. Los muslos claros de una labriega rubia, de incomprendible hablar, al fin rendida, sueña. Sueña los abedules negros a cuyo pie se desangran muchachos de uniforme; los caminos de nieve manchada, por los que avanzan penosamente las columnas. Sueña, ah, el caserón perdido en medio de la niebla, con fogatas alegres, vino, grandes, grandes risas, gestos llenos de vida, violentos forcejeos en una gran cama de madera, sueña.

La pólvora, los caballos muertos cuyas entrañas cálidas demoran la congelación de miembros ateridos, el desesperado arrastrar de las piezas

de artillería, el hambre y la sangre, sueña.

Una mano insensible roza la barba dura. Una voz neutra dice palabras dañinas: temperatura, suero, taquicardia. Despierta y entrevé imágenes que visten de blanco. Un tenaz hormigueo recorre su cuerpo pesado y grande, lacerado. Despierto, sueña. Partidas de cartas en la madrugada, esperando el ataque, sueña; madame Olga Románovna con sus labios rojísimos, abandonada entre almohadones de raso, sabor de té y humo de cigarrillos egipcios, sueña. Las alegres y tristes confidencias en la víspera del avance, sueña, así como la amistad más impensada, ancha como el verano y alta hasta el cielo.

Las seis puntas de las estrellas recién ganadas, y cómo presume de ellas en el cafetín del puerto, el dulzor de anís y los veintiséis años, y los paseos enamorados sobre las losas que dan al mar desierto, y ella de muselina blanca, sueña y sueña mi coronel. Mi coronel retirado y sin familia, mi coronel enfermo en este hospital militar que también se cae de viejo; mi coronel en quien se ceba, ay el hermoso cuerpo ya decrepito, la carcoma más vil, el roedor más odioso, el maldito tiempo.

Sueña en la paz de las maniobras, como largos días soleados de caza, la costumbre lisonjera de recibir marciales saludos, sueña la belleza

alegre del mando.

Sueña o recuerda montes y torrenteras, grandes campos de espigas, paseos a caballo, maldiciones. Sueña o recuerda patios de armas en silencio de gloria, mientras su pecho recibe una medalla. Sueña o recuerda madrugadas heladas, un par de copas de coñac y el capote recio y áspero al viento. Sueña los dos colores absolutos de la bandera, sueña toda la infancia —los partidos de fútbol en el Campo de la Botella y el cuerpo a cuerpo con el  $SO_4H_2$  y el ablativo absoluto— sueña *La Isla del Tesoro* y las trenzas de Carmenchu Pérez Ochoa, primer amor.

Se revuelve entre las sábanas húmedas y mira dificultosamente el reloj: es la hora. Con grandes trabajos iza el corpachón desarbolado y desploma su peso sobre el alféizar de la ventana. Iluminadas por las farolas del pequeño jardín, van saliendo las enfermeras del segundo turno. Admira mi coronel el paso firme de las guapas muchachas, que charlan alegremente y cruzan la verja. Un aire suave mueve sus cabellos y ciñe sus faldas. Se adivina el brillo de sus ojos y la fuerza de sus corazones. Quién puede dudar, mi coronel, de que a la más alta, a la demás bello perfil, la espera en el Café Comercial un apuesto teniente de artillería. ■